





The page is decorated with stylized roses in the corners. In the top-left and top-right corners, there are dark grey roses with white outlines. In the bottom-left and bottom-right corners, there are light grey roses with dark grey outlines. The roses are connected to thin, dark grey stems that curve around the edges of the page.

*Ophelia*  
*pese a todo*

*Racquel Marie*



The cover features several stylized roses in shades of gray, positioned in the corners and along the sides. The roses are detailed with visible petals and leaves, set against a plain white background.

# Ophelia pese a Todo

(Ophelia After All)

Racquel Marie

TRADUCCIÓN DE

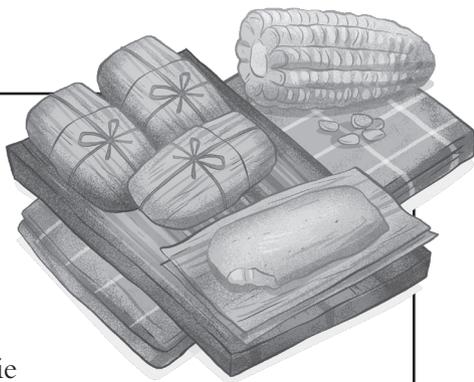
MARÍA GAY MORENO

Kakao  books

Primera edición: Junio de 2024

Título original: *Ophelia After All*

Editorial original: Feiweil & Friends



Copyright © 2022 by Racquel Marie

First published by Feiweil and Friends, an imprint of Macmillan Publishing Group LLC.

Translation rights arranged by Sandra Dijkstra Literary Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2024

[www.kakaobooks.com](http://www.kakaobooks.com) – [bookskakao@gmail.com](mailto:bookskakao@gmail.com)

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Nicole Medina

Traducción: María Gay Moreno

Correcciones: Anabel Martínez Álvarez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-128067-1-7

Depósito legal: B 10263-2024

Thema: YFM

IBIC: YFM



Para les chiques *queer* y quienes se plantean si lo son.  
Tenéis todo mi apoyo.

Y para mamá.  
Tú fuiste el milagro. Estés donde estés,  
espero que sea un buen sitio.







La tela de mi vestido lila me acaricia las piernas desnudas y me provoca cosquillitas de emoción que me suben por los brazos. Las flores estampadas de la falda son tan delicadas que parecen de azúcar. Las luces me iluminan los ojos al ritmo del giro de la bola de espejos, que sume el gimnasio entero en un ensueño de destellos. Noto unas manos cálidas en la parte inferior de la espalda en el momento en que la música llega a su punto álgido. Los latidos de mi corazón se intensifican con la música y alzo la barbilla para mirar, por fin, a mi acompañante, que es ni más ni menos que...

Agatha me saca de mi ensoñación cuando arroja un libro dentro de su taquilla con violencia.

—¿Te acuerdas de primero, cuando nos prometieron que no íbamos a acabar con una canción cutre en la graduación?

—Cierra la puerta de la taquilla y me mira a los ojos—. ¿De verdad tenemos que despedirnos de nuestra juventud con *Don't Stop Believin'*? Te juro que mato a alguien.

—¿Este cabreo va a durar más o menos que el de la temática del baile? —pregunto mientras me recupero rápidamente y cambio mi archivador de Química por la libreta de Educación Financiera. No es la primera vez que me alegro de que Gerald Inglaterra accediera a darme su taquilla (perfectamente instalada entre la de Lin y la de Aga al comienzo del abecedario) a cambio de unos cuantos ramos de mis rosas. No me imagino cuántos chismes me perdería si tuviera que quedarme en la primera taquilla que me dieron, al final del pasillo, con todos los demás apellidos que empiezan por R.

A Lindsay le crujen las rodillas cuando se agacha para abrir su taquilla.

—No se lo recuerdes, por Dios.

—¡Como si fuera un crimen querer una temática clásica para el baile! —responde Aga.

—Técnicamente, lo de «Bajo el mar» es un clásico —digo—. Un mierdón clásico, pero un clásico.

En ninguna de mis fantasías sobre el baile de graduación imaginaba una decoración que me recordase a la expedición de submarinismo que hice con mis padres cuando fuimos de vacaciones a México, hace dos veranos. Está claro que a Agatha le pasa igual.

Lindsay resopla.

—A mí me resulta más curioso que una entidad omnipresente supiera qué íbamos a elegir en el último curso desde que éramos unos novatos esmirriados que apenas si habían votado a los delegados de la clase. Ni siquiera sabíamos abrir las taquillas

por entonces. —Sin querer, gira demasiado la rueda al poner su código y masculla un taco—. Buf, y lo mismo algunas no hemos pillado todavía lo de la taquilla.

—Y otras aún somos unas esmirriadas —bromeo, y le doy un toquecito a Lindsay con la punta de la zapatilla. A cambio, me saca la lengua.

—Qué más da —dice Agatha cuando cerramos las taquillas y empezamos a recorrer el pasillo—. Después de que nuestros delegados escogieran el naranja oxidado como color de la clase, tendría que haber esperado poco de ellos. Si nos hubiéramos presentado al consejo a principios de año, como yo quería, no estaría pasando esto.

—A lo mejor yo me habría presentado si el presidente siguiera siendo Vijay Khan, como el año pasado —digo, mientras hago un gesto de abanicarme y Agatha pone los ojos en blanco—. En serio, ¿qué le costaba sacrificarse un poco y convertirse en superveterano? Fue el mejor presidente, de calle. —Lindsay me lanza una mirada significativa—. Bueno; como mínimo, era el que estaba más tremendo.

El aire sofocante de finales de primavera se choca conmigo a la vez que el hombro de Lindsay. Me arrepiento de haberme puesto mis vaqueros de girasoles, aunque los parches florales me pongan de buen humor, y envidio los pantalones deportivos cortos y el top sin mangas de Lindsay. Al menos voy mejor que Agatha, con su vestido-sudadera de cuello alto, pero ella no concibe que la comodidad pueda estar por encima de la moda.

—Dejando de lado lo salida que va Ophelia —empieza Lindsay, y esta vez le saco la lengua yo a ella—, ¿hace falta que os recuerde que el consejo se reúne los domingos por la mañana, cuando yo voy a la iglesia y Ophelia tiene sus rituales raros de jardinería?

Samu y Wesley ya nos esperan en «nuestro» banco de picnic, y tienen las bocas ocupadas con la comida en lugar de hablar entre ellos. Wesley come ensalada y Samu engulle una hamburguesa vegetariana de la cafetería que no parece comestible ni bajo la montaña de ketchup que le ha puesto.

—Mis rituales de jardinería no son raros —protesto, mientras me siento junto a Aga en un lado y Lindsay se escurre entre Samu y Wesley.

Lindsay revuelve los rizos negros de Samu y sonrío a Wesley; los dos parecen contentos con su atención. Samu se come las últimas patatas y habla con la boca llena, a pesar de haberse perdido la primera mitad de la conversación:

—Tienes razón, es totalmente normal que una adolescente se pase los fines de semana regando, podando y fertilizando su jardín de rosas.

—Al menos no me ha negado lo de ir salida —añade Lindsay.

—Pues yo creo que es muy guay que Ophe tenga un *hobby* que le guste tanto —dice Aga, dándome palmaditas en la cabeza. Le aparto la mano—. Aunque ojalá su rollo no se interpusiera en la integridad temática de nuestro último año.

—Aga, podías haberte unido al consejo tú sola —respondo.

Lindsay asiente y Aga pone los ojos en blanco. Sus pestañas enjovadas relucen al sol; podría jurar que me llega una brisa cuando pestañea.

—No tengo ganas de tratar con otra gente.

—¿Sigues enfadada por la temática del baile? —pregunta Samu con una mueca.

—Empezó molesta por la canción de la graduación, pero sí, hemos vuelto a lo del baile —respondo. Mañana faltarán

oficialmente tres semanas para el baile, así que seguro que la irritación de Aga regresa.

Inesperadamente, Wesley contribuye a la conversación, aunque mantiene la mirada fija en su ensalada, como era de esperar:

—¿Qué tiene de malo lo de «Bajo el mar»?

—¡Está trilladísimo! Es como si el instituto nos pidiera que le echáramos alcohol al ponche y perdiéramos la virginidad en una limusina —contesta Aga con un resoplido.

—A mí no me suena mal —dice Samu, con el bocado de hamburguesa vegetariana a punto de caérsele de la boca—. Además, así a Lindsay solo le hará falta una cola de sirena y listo.

Le tira de un mechón de pelo rojo intenso. Ella se venga arrojándole una zanahoria, pero él la esquiva fácilmente con un manotazo que la lanza al pecho de Wesley. Yo me aguanto la risa mientras Wesley se limpia la mancha de su polo gris, que parece caro.

—Puedo pegar caracolas en los ramilletes —añado.

—No me hagas manifestarme en contra del baile, Rojas —amenaza Aga, tenedor en ristre. Yo me aguanto las ganas de hacer una broma sobre los cachivaches de Ariel.

—¿Creéis que podré ir en bañador? —pregunta Samu antes de meterse en la boca el último pedazo de su hamburguesa—. Encajaría a la perfección con la temática.

—Creo que sería muy buena forma de garantizar que irás al baile solo —bromea Lindsay.

Samu y Wesley se ponen visiblemente rígidos; Lindsay carraspea y muerde otra zanahoria. Yo finjo no enterarme de nada.

—Tú siempre te quejas cuando los hombres no siguen la temática en la gala del Met —le digo a Aga, quien por suerte no vuelve a hacer referencia al comentario de Lindsay.

—¿Quejarme yo? —protesta con un amago de sonrisa.

La conversación pasa a otras cosas mientras yo juego con mis trozos de mango. Escucho a medias cómo Wesley elogia torpemente el pelo de Lindsay cuando Agatha me da un toquecito en la rodilla con la suya, que lleva al descubierto.

—Mira tu teléfono.

Lo saco del bolsillo trasero sin preguntar nada. Tengo un mensaje nuevo suyo.

apostamos?

Alzo las cejas. Han pasado meses desde la última vez que hicimos alguna apuesta. Fue en la fiesta por el decimoctavo cumpleaños de Lindsay, en noviembre: le aposté a Aga tres pavos a que Wesley sería el primero en llegar y se habría pasado de elegante para la ocasión. Agatha estaba convencida de que tendría el suficiente sentido común como para no ponerse pantalones de vestir y corbata para una fiesta en casa de alguien, pero se equivocó de medio a medio. Si Wesley hubiera intentado abrirse conmigo más allá de las sonrisas y los saludos obligatorios en la comida, todo este año desde que Lindsay lo incorporó a nuestro grupo de amigos, a lo mejor le habría avisado de que unos vaqueros y una camiseta eran mejor opción.

El caso es que pensaba que ya habíamos dejado atrás lo de las apuestas. Desde que Agatha decidió que se marcharía del sur de California para irse a estudiar Moda a Los Ángeles en otoño, una parte de mí había empezado a considerar cualquier cambio en nuestra relación como una señal de que se olvidará totalmente de mí en cuanto se vea rodeada de diseñadores de vanguardia con más opciones de vestuario que los estampados

florales y las zapatillas deportivas. Pero tal vez esto signifique que ella tampoco está lista para despedirse.

Respondo:

qué apostamos?

cinco dólares a que lindsay escoge a wesley antes de la graduación

Le lanzo una mirada significativa.

—¿En serio?

Me hace un gesto para silenciarme y señala el teléfono. Nuestros amigos siguen sin enterarse.

no es cosa nuestra

llevamos meses viendo cómo se alarga el triángulo amoroso este. a estas alturas, claro que es cosa nuestra

No le falta razón. A mí me gustan mucho los triángulos amorosos, como buena aficionada a las historias románticas, pero es posible que combustione espontáneamente si tengo que pasar-me otra noche de cine con Samu y Wesley agobiando a Lindsay en un extremo de la sala e ignorándonos a Agatha y a mí durante toda la noche.

Escribo:

OK, pero si escoge a samu, espero que pagues

Agatha sonrío ampliamente. Se están empezando a formar grietas en su pintalabios magenta mate.

—Entonces, ¿hecho? —pregunta. En ese momento, me doy cuenta de que el resto del grupo se ha quedado callado.

—¿Estáis haciendo una apuesta? —pregunta Samu con los ojos entrecerrados.

—¿Nosotras? ¡Jamás! —Agatha se lleva la mano al pecho—. Ya sabes que abandonamos esas prácticas tan infantiles hace décadas, querido Samuel.

—Y una mierda. —Samu niega con la cabeza y se vuelve hacia mí—. Me prometiste que me incluiríais en la siguiente apuesta.

—No pensaba que fuera a haber ninguna —confieso, y me encojo de hombros, molesta de que me haya salido rana la primera vez que he conseguido mentir a Samu en condiciones en todos nuestros años de amistad.

—Eh, a mí nunca me habéis prometido incluirme en una apuesta —dice Lindsay a Agatha. Es irónico, ya que ella suele acusarnos de inmaduras por apostarnos calderilla en cosas irrelevantes, como aquella vez que le aposté veinticinco centavos a Aga a que habría más chicas de violeta que de rojo en el baile de bienvenida, o cuando Agatha se apostó un dólar a que podría pasarse un día entero sin decir palabrotas y perdió antes de la tercera hora.

—Lo siento. —Aga contiene una risita—. Me aseguraré de aumentar la cantidad de promesas vacías que te hago.

—Venga, nosotros también queremos apostar. —Samu se frota las manos y Wesley reúne el valor de mostrarse de acuerdo.

—Sí, yo también.

Echo un vistazo a Agatha y las dos intentamos poner cara de póker, aunque a mí me cuesta más que a ella.

—Hacedme caso, os tenéis que quedar fuera de esta —respondo.

—Un momento. —La expresión de Lindsay se suaviza—. ¿Es porque todavía no tenéis con quién ir al baile? Ya os dije que no me importaría preguntarles a los chicos de atletismo. Cero problemas, de verdad. —Me mira—. ¿Qué tal Trevor Yoon? La última vez prácticamente le babeaste encima.

—¡Qué va!

—Anda que no —dice Samu—. Fue asqueroso. ¿Pero Trevor no tenía novia?

Agatha sacude la cabeza mientras mastica.

—Cortaron la semana pasada. —Traga—. A él lo han admitido en la universidad de Nueva York y ella se va a quedar por aquí, así que decidieron terminar ya. Ella estaba hecha polvo en Cerámica.

—Pero ahora ella sale con Mark Vega —digo, mientras recuerdo las semanas que Mark y yo fuimos compañeros en Biología, en primero. Casi me pilla escribiendo «Ophelia Vega» en los márgenes de mi libreta más veces de las que jamás admitiré—. Creo que se lo pidió en Inglés. —Miro a Agatha para que lo confirme.

—Álgebra —corrige ella, con la boca llena de espaguetis—. Con un cartelón, un ramo de margaritas y un montón de purpurina que luego limpiaría el señor Semenya, supongo.

Samu bufa.

—¿Cómo mierdas os enteráis de todo eso?

Aga y yo nos encogemos de hombros a la vez.

—Bien, entonces Trevor está libre —resume Lindsay, y se muerde el labio antes de añadir—: Creo que Lucas sigue buscando acompañante. Deberías hablar con él.

—¿Sosucas? —Samu se ríe—. Te faltó hacerle una fiesta a Ophe cuando la plantó el año pasado, ¿y ahora quieres que va-

yan juntos al baile? —Deja de reírse cuando Agatha lo fulmina con la mirada.

Lucas es un tema delicado para mí. En tercero salimos juntos seis meses, un periodo que parece una eternidad cuando tienes dieciséis años y nunca te había correspondido ninguno de tus *crushes*, ni mucho menos besado.

Yo creía que como mínimo llegaríamos al baile de graduación y tendríamos una despedida emotiva en la ceremonia, pero, dos semanas antes de que acabásemos tercero, él me dejó sin previo aviso después de perder un partido de fútbol. Agatha me aseguró que solo estaba enfadado por la derrota y que se arrepentiría, pero me evitó hasta el final de curso y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

En retrospectiva, supongo que lo de que Lucas buscara solo la intimidad en mi jardín (y curiosamente esto no es un eufemismo) y que pasara el rato conmigo en su sótano mientras jugaba a videojuegos él solito deberían haberme indicado que algo no iba bien. Pero, como les ha ocurrido a tantas antes que a mí, me dejé encandilar por un futbolista rubio con los ojos de color chocolate.

—Creo que hablo tanto por Ophelia como por mí cuando digo que estamos bien como estamos, Lin —responde Agatha.

Su tono es calmado, pero la tensión de su mandíbula la delata. Hace semanas que Lindsay se ha ofrecido a ayudarnos a encontrar acompañantes, sin percatarse de que obligar a alguno de sus pretendientes a llevarnos al baile no es precisamente un regalo de hada madrina. Sí, estaría bien no volver a asistir a otro (¡el último!) baile de instituto sin acompañante, pero no me apetece que alguien venga conmigo por lástima. Yo quiero el cartel, el ramo de flores, la publicación cursi en redes sociales

con un chiste malo sobre cómo he aceptado la proposición... No quiero que un tío cualquiera me lleve solo por ser el segundo plato de Lindsay.

—Bueno, pero si cambiáis de idea... —Lindsay deja la frase en el aire antes de morder otra zanahoria con sus dientes perfectos. Yo me encojo ante el sonido y sus palabras.

En tres semanas, todos estaremos de punta en blanco en mi jardín, rodeados de las rosas que he cultivado con sangre, sudor y lágrimas, preguntándonos cómo ha llegado tan rápido el baile de graduación, el punto álgido de la adolescencia antes del paso definitivo a la madurez. Samu o Wesley llevarán a Lindsay de la cintura, y Agatha y yo estaremos a un lado, posando ante nuestros padres armados con cámaras.

Sin embargo, últimamente me viene aún más a la cabeza la imagen con la que siempre he fantaseado, la de mí bailando con un chico guapo de traje. Hubo un tiempo, cuando era mucho más pequeña, en que me imaginaba a Samu a mi lado. Después, a Jackson, el de Inglés de sexto. Después, a Adam, de Biología Avanzada; después, a Ethan, el de la guardería de la calle principal; después, tanto a Franklin como a Nathan de Educación Física (menudo follón, que te gusten dos gemelos). Y, después, a otro montón de chicos: altos, bajos, buenos, malos, deportistas, frikis y demás. Y, por último, me imaginaba a Lucas: el que realmente creí que funcionaría. Todavía sigue ahí, incluso ahora.

A veces, cuando pienso en mil cosas durante las clases o en el jardín, otra persona destaca entre la colección de chicos a los que me he atrevido a desear. Incluso teniendo a Samu y a Lucas en cuenta, esa persona se ha convertido en la presencia más potente, especialmente cuanto más se acerca el baile.

Pero ella no debería estar ahí. No lo está.



El aire acondicionado de la clase de Educación Financiera me sienta de maravilla en la nuca cuando tomo asiento. La mesa que tengo delante todavía está vacía, por suerte. Me recoloco los tirantes de la camiseta, me seco la frente —sin duda sudorosa— y mantengo las manos ocupadas haciendo girar el bolígrafo.

La oigo antes de verla, lo cual es sorprendente, dado lo tímida que es. Pero las botas de trabajo marrones que lleva todos los días, incluso en los que hace tanto calor como hoy, resuenan sobre las baldosas de la clase. Su silueta alta proyecta una sombra sobre el umbral.

Talía Sánchez entra en el aula como siempre, con la vista fija en sus cordones y los rizos gruesos en torno a su rostro afilado de piel oscura. El boli se me escapa de entre los dedos sudorosos y se cae al suelo. Antes de que pueda recogerlo, ella ya se está agachando.

—Gracias —digo, con la garganta seca.

Ella me dirige una sonrisa y se sienta delante de mí. Saco la libreta y paso páginas hasta llegar a una en blanco. Anoto la fecha de hoy para que mis manos inquietas tengan alguna cosa que hacer aparte de... bueno, de estar inquietas. Cuando consigo volver a hablar, mi voz suena más temblorosa de lo que esperaba:

—¿Has hecho los exámenes de prueba?

Ella se gira y se pone el pelo detrás de la oreja.

—Casi —dice en voz baja—. Zaq y yo los terminaremos después de clase. ¿Tú?

Saca su libreta del bolso, la que tiene un dibujo de la Casa Blanca muy chulo que siempre supuse que era obra de Wesley.

Tanto ella como Zaq, su mejor amigo, a quien le gusta el arte y a quien Agatha conoce de la asociación de estudiantes negros del instituto, son los otros amigos de Wesley, con los que sí intenta conectar más allá de las sonrisas. Los martes y los jueves come con ellos en el taller de arte, y el resto de la semana se viene con nosotros al banco.

—Ayer quería ponerme a hacerlos, pero tuve un problema de jardinería. Se me olvidó pedirle a mi padre que me comprase fertilizante esta semana, así que tuve que robar plátanos de casa de Samu. Aunque me costó un montón convencerle de que me los diera.

Samu me obligó a prometerle que sería el primero en elegir las flores para el ramillete y el ojal del baile. Pero fue tonto, porque le iba a dejar elegir primero igual. Es el privilegio que tiene como mi vecino de al lado.

—No sabía que los plátanos fueran buenos para las rosas —dice Talía. Es un alivio hablar de mis rosas con alguien que no me conoce desde hace años. Los desconocidos siempre alucinan con mis conocimientos, mientras que a mis amigos solo les interesa mi jardín cuando necesitan flores para el Día de la Madre o San Valentín.

—Huy, sí, van genial, pero solo la piel. Se descomponen superrápido y liberan fósforo, nitrógeno y potasio en la tierra, algo que les encanta a las rosas —explico, librándome de la inseguridad en la voz—. Además, a mi padre le encanta congelar los plátanos que sobran para freírlos después.

—Ay, qué hambre. —Se ríe y hace amago de darse la vuelta de nuevo.

—¡Tengo fotos del jardín actualizadas! —Hace unas semanas le enseñé los primeros brotes de la temporada, pero las rosas

Midas Touch fueron sus favoritas y han florecido mucho desde entonces.

El último timbre suena antes de que pueda alargarle el teléfono. La señorita Fell carraspea y nos pide que nos preparemos para una prueba sorpresa.

—Luego me las mandas —susurra Talía, y se da la vuelta. Noto calor en la cara, pero procuro apartar la mente de todo lo que no sean impuestos y saldos.

Talía tarda más que yo en acabar su prueba y me dedica una sonrisita de camino a su sitio. Es imposible no ver cómo la potente luz artificial ilumina el aro dorado que lleva en la nariz y cómo resalta los tonos más claros de su pelo oscuro. Al sentarse, se recoge los gruesos rizos en un moño con tanta soltura que casi me parece un truco de magia: todo ese volumen, condensado para desafiar la gravedad en solo unos segundos. Cuando baja las manos, la luz se refleja en sus relucientes uñas rojas.

Cuando conocí oficialmente a Talía al comienzo de este último curso, solo sabía cuatro cosas sobre ella:

1. Es amiga de Wesley Cho y Zaquariah Field.
2. Es muy callada.
3. Siempre lleva las uñas pintadas de rojo brillante.
4. Una vez besó a una chica y le gustó.

Nunca tuve que esforzarme demasiado para descubrir estas cosas sobre ella, y la había visto por el instituto lo suficiente para que fuera inevitable que reconociera su cara entre la multitud y supiera su nombre. Sobre todo desde que Wesley empezó a trabar amistad tanto con ella como conmigo. Solo me fijé en sus uñas porque Lindsay y ella tuvieron Matemáticas juntas en segundo. Lindsay creía que era raro que una chica que apenas usaba maquillaje y cuyo armario parecía contener solo camise-

tas de cuadros y pantalones caquis siempre llevase las uñas tan impecables, y de un color tan llamativo y brillante.

Nuestra primera conversación en condiciones se dio en esta clase a principios de año, después de que nos sentaran al lado por orden alfabético y nos obligaran a romper el hielo con algo sobre cómo habíamos pasado el verano. No fue tan incómodo como habría podido ser, tanto a pesar de lo ocurrido la semana anterior como a causa de ello, en la fiesta de fin del verano de Lindsay.

La mitad de la clase del último año estábamos apelotonados en el sótano asfixiante de Lindsay, bebiendo a litros la cerveza aguada que esta había conseguido con un carné falso, regalo de cumpleaños de su primo. Los temas de conversación que habíamos jurado no tocar empezaron a colarse en las conversaciones: «¿A qué universidad te vas a presentar?», «¿qué carrera vas a escoger?», «¿te vas a tomar un año sabático?», «¿qué nota sacaste en la EvAU?». La décima vez que alguien me preguntó qué pensaba hacer con un grado en Botánica, no pude más y solté, prácticamente a gritos:

—¡Pues no sé! ¡Cultivar plantas, a lo mejor!

Agatha me sacó de ahí antes de que hiciera aún más el ridículo y me puso un vaso de Coca-Cola Zero en la mano. Se las apañó para alejar a Lindsay de su tercera ronda de chupitos y ponerla a jugar a la versión de *Yo nunca* con diez dedos en vez de bebiendo alcohol. Zaq arrastraba por ahí al demasiado elegante Wesley y Samu apareció poco después, porque, dondequiera que anden Wesley y Lindsay, siempre aparece Samu para revolotear a su alrededor. Poco a poco, hasta aquellos a quienes no habíamos visto nunca en una fiesta de Lindsay también se pusieron a jugar.

Las risas y los silbidos resonaban por toda la sala cada vez que alguien bajaba un dedo, aunque la revelación no fuera especialmente atrevida. Todos gruñimos cuando Evan Matthews dijo: «Yo nunca me teñido el pelo de muchos colores a la vez» porque su ex, Danica Peters, estaba sentada justo delante de él con su pelo arcoíris recién teñido. El juego puede llegar a ser bastante cruel y agradecí que Lucas no estuviera allí.

Mis dedos seguían casi todos levantados por lo que a Lindsay le gusta referirse como mi «falta de experiencia adolescente». Solo había bajado dos dedos por respuestas vagas a preguntas sobre encapricharse de alguno de los presentes o llevar piercings. Lindsay y Samu, en cambio, ya estaban en números rojos desde las primeras rondas.

Normalmente, mis dedos levantados me habrían parecido un cartel de neón sobre mi cabeza donde pusiera: «¡Miradme, soy un muermo!», pero la participación grupal me hacía sentir un poco menos expuesta, como si la vulnerabilidad colectiva nos protegiera de sentirnos juzgados. Tal vez fuera la proximidad del último año de instituto o el descubrimiento silencioso de que también se aproximaba el fin de nuestros años de adolescencia, pero las risas, los gritos y el dolor de mejillas por sonreír no convirtieron esa noche en la competición habitual de ver quién era más putilla, quién desafiaba a quién de la forma más descarada y quién levantaba o bajaba los dedos con más discreción: no, la convirtieron más bien en una celebración de lo que habían significado, o no, los últimos tres años de instituto.

La mayor parte de mi verano había consistido en regar mis rosas entre lágrimas por Lucas. Ni siquiera conseguía animarme cuando Agatha y Samu me arrastraban al centro comercial a mirar a los dependientes guapos de las tiendas de ropa con fotos

de tíos descamisados en las bolsas. Sin embargo, aquella noche, rodeada de mis compañeros y mis mejores amigos, todos borrachos, se me había olvidado por completo mi corazón roto.

Agatha y Zaq se levantaron a rellenar su bebida y dejaron un hueco libre entre Talía y yo. Yo me había centrado en observar fijamente a Lou Santos, al otro lado del círculo, en toda su gloria baloncestista de metro noventa y cinco, pero la vi por el rabillo del ojo y algo de su presencia me llamó la atención.

Cuando me pilló mirándola, sonrió educadamente y levantó su vaso rojo a modo de saludo. Incluso con la poca luz que había en el sótano, observé que el aro de su nariz y su pintalabios rojo intenso brillaban tanto como sus uñas. Hasta ese momento, nunca me había fijado en lo carnosos que eran sus labios. Abrí la boca para decir algo, lo que fuera, pero una voz chillona interrumpió mis pensamientos y atrajo la atención de Talía.

La voz pertenecía a Jackie Mitchell, una de esas personas con las que siempre has compartido clases pero que nunca has llegado a conocer a fondo, de las que suelen invitarte por pena a su fiesta de cumpleaños. Esa noche llevaba un top sin mangas negro y apretado y una minifalda fosforescente que brillaba en la oscuridad de la sala: el conjunto acentuaba sus curvas y exponía sus clavículas. Me obligué a apartar la mirada de su cuerpo, con un rubor en la cara que sin duda evidenciaba que me daba envidia su aspecto, pero oí que su voz ronca decía:

—Yo nunca... he besado a una chica... y me ha gustado.

Pestañeó de forma significativa en dirección a Lou y él sonrió con maldad cuando ella, en contra de las reglas del juego, bajó un dedo con un guiño.

Jackie había saltado a la fama cuando, durante nuestro primer año de instituto, ella y su mejor amiga se colaron en una

fiesta del último curso y se enrollaron, borrachas, en la piscina. Algunos chicos lo grabaron y lo subieron a Twitter porque «el rollo bollo es un subidón», y en el instituto no se habló de otra cosa durante una semana o así. Casi le rompo el teléfono a Samu cuando vi que lo había retuiteado.

Casi todos los chicos bajaron un dedo y todo el mundo pasó a la siguiente confesión, pero yo no fui capaz. La facilidad con la que Jackie había confesado que le había gustado besar a una chica, así como el uso descarado de la confesión para coquetear con Lou, había hecho que se me encogiera el estómago. Mi incomodidad había debido de quedar patente porque, cuando levanté la mirada de mi vaso, Talía me estaba mirando.

Hizo un gesto hacia Jackie y puso los ojos en blanco; después, jugueteó con el aro que llevaba en la nariz y, mientras lo hacía, bajó un dedo discretamente. Solo que me miró a la cara al mismo tiempo.

Yo no reaccioné. No supe cómo, ya que su mirada me dejó en el pecho una sensación cálida y extrañamente anhelante. Es más: de repente me invadió la necesidad de saberlo todo sobre ella, con una intensidad de lo más confusa.

Antes de que consiguiera reunir el valor de acercarme, Agatha y Zaq volvieron, en pleno debate apasionado sobre la diferencia entre las tiendas *vintage* y las de segunda mano, y no llegué a tener claro lo que había pretendido al querer acercarme a Talía.

No volvimos a interactuar durante el resto de la noche. Después de un par de rondas más, el juego se terminó cuando Evan se metió de nuevo con Danica, estalló una pelea y Samu tuvo que tranquilizarlos. Aga y yo nos quedamos a dormir cuando el resto de gente se fue a casa, ya bien entrada la noche, y yo ob-

servé con envidia cómo Lin y Agatha compartían manta al otro extremo del sofá. No me daba envidia que se acurrucasen, me daba envidia que pudieran hacerlo sin sentirse raras, como me pasaba a mí. Me quedé dormida con los murmullos de fondo de Lindsay sobre el baile de graduación y Wesley, y lo olvidé todo sobre Talía y sus labios rojos, sus uñas rojas y su vaso rojo.

Cuando llegó el primer día de clase, una semana después, el momento con Talía se había desvanecido totalmente de mi memoria. Sin embargo, cuando se giró en Educación Financiera para pasarme la programación y me saludó por primera vez, lo recordé todo de golpe.

Cada vez que me pedía la goma o me recordaba que pronto tendríamos un examen, me sentía como si volviera a estar sentada en la moqueta de aquel sótano. Nunca le hablé de la fiesta de Lin, ya que el recuerdo de nuestra pequeña interacción se me hacía embarazoso. No obstante, a pesar de lo mucho que lo intentaba, no dejaba de pensar en lo que más quería preguntarle:

¿Qué vio en mi cara aquella noche, mientras mirábamos a Jackie y a Lou desde el otro lado de la habitación, que la llevó a hacer aquella confesión?